

“Un viejo amigo”

Andrómeda.

Desde hace años participo en acciones voluntarias para mejorar mi ciudad, desde reforestar, clases gratuitas, y convivencia en internados y asilos; y fue esta última experiencia lo que inspira mi historia.

Aquella tarde conocí a una persona con una actitud bastante complicada, había rechazado convivir con varios de mis amigos, y en un intento por integrarlo me acerque diciéndole: “¿Quieres ver magia?”, su reacción fue parecida a la mía, ambos de incertidumbre. Saque un mazo de cartas y aplicando un viejo truco de magia (intercambio de aces) lo vi sonreír, a partir de aquí use todo mi repertorio mágico para mantenerlo interesado y así, no solo conoció la magia, también conoció a un amigo.

En cada visita al asilo él era el primero en recibirme, y pasábamos la tarde platicando sobre sus viejos tiempo y memorias.

Un día decidió contarme porque estaba ahí; resulta que su hijo se había casado recientemente y había ido a su casa a vivir junto con su esposa; el problema surgió cuando la esposa y el empezaron a tener conflictos y desacuerdos. Una noche tras escucharlos discutir tomó una decisión, a pesar de ser su casa, decidió abandonar e irse para no causar más problemas a su hijo. Ahora se encontraba solo y sin nadie que lo pudiera apoyar, ya que su hijo desconocía donde estaba y no había esfuerzos por buscarlo.

Días después volví al asilo y al no encontrarlo por ningún lado, y preguntar por él, me respondieron: “falleció hace poco”. Pocos encuentros he tenido con el tema de la muerte, pero este me afecto, no me creía lo que escuchaba.

Pasaron días, semanas y meses, hasta que una tarde al caminar por el parque local, lo vi, estaba sentado con un chaleco fosforescente y su inseparable sombrero. Los dos nos asombramos y con ojos cristalinos atinamos a decir: “¿Eres tú?”.

Nos sentamos a platicar, me conto que escapo del asilo porque no aguantaba estar sentado todo el día, bromeando dijo que terminaría más loco de lo que estaba.

Pregunte sobre donde vivía y sobre su hijo. Resulta que vivía en el parque, usaba las bancas y árboles para dormir; volvió a buscar a su hijo sin resultados. Al escuchar esto no pude evitar sentir una sensación de vacío, le ofrecí ir a comer y le escribí mi número en un papel en caso de emergencia, nos despedimos y le prometí volver al día siguiente.

El siguiente día estuve en el parque, pero él nunca llegó.

Al mes recibí llamadas de un número desconocido, cuando atiné a contestar; reconocí su voz; nos reunimos y su suerte había mejorado, lo aceptaron en un nuevo asilo, donde podría realizar actividades físicas y artísticas, además que había ganado una demanda para que su hijo le diera pensión.

La sonrisa había regresado a su rostro, platicamos y reímos un rato, entre broma y anécdotas, surgió una idea que cambiara todo. Se nos ocurrió llevar material al asilo para que las personas realizaran artesanías o fabricaran algún producto, con el fin de venderlo y recaudar fondos para sus gastos personales.

Así las personas del asilo hacían pinturas, hamacas, pulseras, collares, entre diversas artesanías y yo me encargaba de venderlas en diferentes lugares para entregarles el dinero de la venta y pudieran tener un sustento independiente.

Esta persona llamada Don Ángel, tuvo que pasar por todo esto, para llegar a ser un hombre comprometido con su propia vida, donde cualquiera hubiera abandonado, el decidió seguir jugando, ahora sigue creando arte con sus manos, con su nueva razón de vivir. Un ejemplo para todos.